

aridez ni la obscuridad, porque Dios hizo el espectáculo del mundo y el espíritu del hombre, el uno para el otro. En cuanto se manifieste el mundo al hombre, se fijan sus ojos con sólo la condición de que no quiera mezclar las obscuridades de su espíritu computándolas á las cosas. Escoged por asunto cualquiera historia ó parte de historia, sea cual fuere; retratad los hechos con exactitud, con su sencillez natural, sin falsos adornos, y tendréis atractivo y hasta seréis pintorescos. Si en vuestras relaciones no habéis procurado agruparlos arbitrariamente, si habéis comprendido bien su encadenamiento natural, tendrán por sí un encadenamiento irresistible, como el de un río que corre al través de las campiñas. Hay sin duda ríos y riachuelos, riberas tristes y seductoras, mezquinas y grandiosas; y sin embargo, mirad á todas las horas del día y decidme si los ríos, riachuelos ó arroyos no corren con cierta gracia natural; si á tal momento, al encontrar tal ó cual valle, en penetrando en un bosque, no hay siempre un efecto hermoso y sorprendente: así seréis, sea cual fuere el asunto, si tras una cosa hacéis suceder otra, con el movimiento fácil y á la vez agradable ó precipitado de la naturaleza.

Ahora bien: después de esta profesión de fe, ¿tendré necesidad de decir cuáles son en la historia las condiciones del estilo? Diré inmediatamente que la condición esencial es que nunca se sienta ni se perciba al autor. Recientemente acaban de exponerse al público maravillado, entre las obras maravillosas del siglo, espejos de una pureza y dimensiones extraordinarias, ante la que se confundirían de admiración los venecianos del siglo décimoquinto, reflejándose por medio de ellos sin la menor atenuación del color y contornos los inmensos objetos que encierra el palacio de la Exposición Universal. He oído á muchas personas del público, admirado al no percibir más que el marco, preguntar para qué era aquel marco magnífico, porque no veían el cristal; pero al advertirlos de su error se quedaron estupefactos de un espejo tan perfecto: y en efecto, si se ve el espejo es porque tiene algún defecto, porque el verdadero mérito de esta obra consiste en la absoluta transparencia. Así es el estilo de la historia. Desde el momento en que se le siente, y se conoce que no tiene otro objeto que manifestar las cosas, ya es defectuoso. No se llega sin trabajo á esta transparencia tan perfecta; si el estilo es vulgar ó pretencioso; si desagrada por una desgraciada consonancia en los nombres, tanto de las personas, como de los sitios y de las batallas que no pueden menos de expresarse en las lenguas nacionales y no puede encontrarse su equivalente; si hay algo chocante en el estilo, es que el espejo tiene un defecto. Sencillo, claro, conciso, natural, elevado algunas veces cuando se agitan los grandes intereses de la humanidad, todo esto es preciso que sea; y estoy convencido que los versos más hermosos, los más limados no cuestan tanto como una modesta frase por medio de la que se expresa un detalle escénico sin vulgaridad ni chocaría. Pero ¿quién podrá tener tanta paciencia, tanto cuidado y tanta abnegación sólo para hacerse olvidar? Sin duda que es la inteligencia, porque es la única capaz de comprender su verdadero papel, que consiste en manifestarlo todo sin manifestarse ella nunca.

Ya he anunciado también que es la única que puede

ser justa y equitativa. Permítaseme aún algunas palabras sobre tan importante asunto.

Me avergüenzo á la sola idea de alegar un hecho inexacto, lo mismo que al imaginar una injusticia hacia los hombres. Cuando uno ha sido juzgado quizás por cualquiera que no conocía ni los personajes, ni las cuestiones, ni los sujetos sobre que decidía magistralmente, experimenta el mismo disgusto y rubor al convertirse en juez semejante. Cuando los hombres han derramado su sangre muchas veces por un país ingrato; cuando otros han consumido su vida por este mismo país en las devoradoras ansiedades de la política, aun cuando la ambición fuese uno de sus móviles, decidir de una plumada sobre el mérito de su sangre ó de sus vigilias sin conocimiento de las cosas, sin cuidarse de la verdad, es una especie de impiedad. La injusticia durante la vida puede tolerarse, porque asisten los aduladores para contrastar á los detractores, aunque para los corazones nobles la adulación nunca puede contrabalancear las amarguras de la calumnia; pero después de la muerte, la justicia al menos sin adulación, sin que denigre; la justicia al menos, ya que no para el que la esperó sin obtenerla, á lo menos para sus hijos. Pero ¿quién puede jactarse de tener la balanza de la justicia con segura mano? Seguramente que nadie, porque son las balanzas de Dios en las manos de los hombres. ¡Cuántos problemas y cuántas complicaciones en estos mismos problemas, y cuántas graduaciones para ser completamente equitativo! El hombre que ha hecho grandes cosas, ¿las ha hecho quizás él mismo? ¿No ha tenido quizás sus coladoradores para ayudarle, ó predecesores que le han facilitado el camino? Alejandro tuvo á su padre Filipo, cuyo elogio le llenaba de pesar. El Gran Federico tuvo á su padre y al príncipe de Ahnalt-Desau, que le habían preparado el ejército prusiano. Napoleón recibió de la revolución francesa un ejército incomparable. El hombre que ha causado mucho mal, ¿es responsable de él ó su época? ¿No ha sido arrastrado á él? Las pasiones á que ha cedido, ¿no eran las de sus contemporáneos tanto como las suyas? Y además si ha sido bastante desgraciado para verter la sangre humana, ¿no es preciso que consideremos el tiempo en que tuvo esta desgracia? Una sola gota de sangre en nuestro siglo, en que sabemos el precio de la vida de los hombres, ¿no debe pesar tanto en la balanza de la justicia como los raudales vertidos en el siglo trece? ¡Cuántos problemas, cuántas dificultades para decidir! Veamos á un general experimentado, de una inteligencia pronta y segura, que en un día se turba, se extravía y pierde un ejército; otro siempre sabio que, distraído ó debilitado, se deja engañar groseramente; ¿cómo apreciar tan diversos accidentes, y cuántos juicios más difíciles aún si nos aproximamos á nuestra historia!

¡He aquí un hombre extraordinario, que después de diez años de una anarquía horrible se presenta á sus contemporáneos lleno de gloria! Sobre las leyes de su país holladas, leyes que ya no inspiran respeto, pero leyes al fin, llega al poder supremo; y por su sabiduría, su prudencia, sus beneficios, llega á hacer las delicias de su país y la admiración del mundo. Pero á poco el triunfo continuo le transforma; echándose sobre la Europa, la oprime, la somete, la revoluciona, coligándola contra sí, y cae rodeado de una gloria sin

igual en el abismo en que la Francia entera se precipita con él. ¿Cómo juzgar tan prodigiosa vida? ¿Tuvo razón ó se engañó al apoderarse de un cetro que el mundo entero le convidaba á tomar? ¿Quién hubiera resistido á tal invitación? Su falta ¿no estuvo más bien en el uso que hizo de la autoridad suprema? Si absolvemos la usurpación del poder para no censurar más que el uso que de él hizo, no olvidemos que en el modo violento de tomarlo iba ya el germen del modo violento de emplearlo; y además, el abuso de la victoria que conmovió el mundo, ¿fué falta de él ó del mundo contra quien luchó? El error de esta horrible lucha que hizo correr más sangre que en ningún siglo, ¿dependió del mundo, ó por mitad de uno y de otro? ¿Debemos achacarlo al insaciable orgullo del vencedor ó al implacable resentimiento del vencido?

He aquí como en una sola vida, bien grande por cierto, hay problemas tan profundos como el alma humana; ¿cómo llegaremos á resolverlos?

La primera condición es extinguir en el alma las pasiones; y cómo verificar semejante milagro? Sería como decir que colocados en el más vasto teatro, el mayor seguramente porque es el universo, y en el que pasando los más ilustres actores conocidos con sus grandezas y miserias, sus facciones terribles ó jocosas, nunca os conmovierais ni experimentarais indignación, ni amor, ni odio, ni sentimiento del ridículo. Helar de este modo el alma humana, ni es posible ni puede desearse. ¿Pero no será quizás posible destruir la pasión sin destruir el sentimiento? Lo creo, y que pueda llegarse á conseguir elevando su espíritu por el estudio asiduo de la historia. En efecto, colocaos ante el espectáculo de las cosas humanas, meditadlas incesantemente, llegad á comprenderlas, á penetrarlas; vivid con los hombres en el pasado, en el presente; explicaos sus debilidades, y para mejor comprenderlas, pensad en las vuestras; y por el conocimiento de los hombres llegaréis á ser, si no impasible, á lo menos equitativo y justo, y según vuestras inclinaciones, preferiréis á Turena, á Condé, á Richelieu ó á Mazarino; pero vuestra razón, independiente de vuestros instintos, dominará vuestras sensaciones, pronunciando los fallos que puede dar la débil humanidad, esperando los fallos divinos. Si por carácter sois indulgente ó severo, aparecerá algo, no en el fondo, sino en la forma de vuestros juicios. Podéis ser triste como Guichardini ó Tácito, pero como ellos tendréis la justicia que se sostiene á la altura de la razón. De modo que por último resultado tendremos mi primera proposición: Tened la inteligencia de las cosas humanas, y tendréis lo que se necesita para expresarlas con claridad, variedad, profundidad, orden y justicia.

Yo he pasado veinticinco años en la vida pública y más de treinta en el estudio de la historia; me he dedicado particularmente á los anales de mi época ó á lo menos á la que concluía cuando mi juventud empezaba. Después de escribir la *Historia de la revolución francesa*, he querido escribir la del *Consulado y del Imperio*. La *Historia de la revolución francesa* ya es conocida, y á lo menos por el número de ejemplares vendidos, puedo decir que mi siglo la ha leído; he publicado gran parte de la del Imperio y voy á publicar lo que falta; queda aún conocerla y juzgarla, y aunque ignoro lo que pen-

sará el público, creo que á lo menos, si no me engaño, conocerá que hay en ella el sentimiento profundo de la verdad y la justicia. La empecé en 1840, reinando un rey á quien he amado y servido, aunque resistiéndole en algunas cosas; la he continuado en tiempo de la república, acabándola en el imperio restablecido por el sobrino del grande hombre, cuyas acciones he descrito. Me lisonjeo con la esperanza de que nadie encontrará en mis escritos indicios de estas diversas épocas, no sólo en el fondo de mis juicios, sino en la expresión de mi lenguaje. Cuando nos hallamos ante cosas prodigiosas, prosperidades ó adversidades extraordinarias que han tenido para el mundo consecuencias inmensas, teniendo sus bellezas y sus horrores eternos, pensar en sí en el momento en que se las contempla, manifiesta debilidad de carácter ó debilidad de espíritu, cuyas cosas me lisonjeo de no haber tenido jamás. Espero, pues, no se conocerán los tiempos en que me hallaba en posesión del poder, aquellos en que me hallaba proscrito ó aquellos en que era tranquilamente dichoso en mi retiro, y que mi razón tranquila, benévola y justa, al menos en la intención, aparecerá sola en mis narraciones. No diré que no se encuentren en ellas mis opiniones personales, y aun me avergonzaría de que no se hallasen, pero se las encontrará en el último tomo lo mismo que en el primero.

Siempre he amado la verdadera grandeza, la que reposa sobre la posible y la verdadera libertad, aquella que es compatible con las sociedades humanas: sentimientos que tenía al nacer y que tendré aun moribundo, y de los que no me he despojado para escribir la historia de Napoleón; pero no creo que hayan perjudicado á la rectitud de mis juicios sobre él, pues creo más bien que hayan contribuido á esclarecerlos. No hay mortal en la historia que me haya parecido reunir facultades más poderosas y diversas, y después de haber meditado sobre el fin de su carrera no cambio de opinión. Pero cuando empecé su historia pensaba, como ahora al concluirlo, que el abuso de estas prodigiosas facultades le precipitó hacia su caída; y como entonces pienso ahora que la impetuosidad de su genio, unido á la falta de freno, fué la causa de sus desgracias y de las nuestras. Al admirarlo profundamente, al experimentar por su naturaleza grande, viva, ardiente, un poderoso atractivo, siento siempre que la natural inmoderación de su carácter y la libertad que tuvo de entregarse á él le precipitaron en un abismo. Bajo el aspecto poético no es menos seductor, quizá lo sea más. Bajo el aspecto político merece que se juzgue justa y severamente; pero en todas las épocas de su carrera he procurado representarle tal como era, y tengo la convicción de que se le encontrará igual en mis últimas narraciones: llevando en 1811 y en 1812 la ceguedad del éxito hasta el delirio y hasta hundirse en las profundidades de la Rusia; demostrando en esta fatal expedición una fuerza de concepción extraordinaria, pero débil en la ejecución; aterrizado en la retirada bajo el imprevisto golpe que le hirió, levantándose de nuevo en las orillas del Beresina, y desde este día engrandeciéndose con el aguijón de la desgracia; desplegando en 1813 facultades prodigiosas para volver á apoderarse de la fortuna, pero engañándose aún sobre el estado del mundo; insensato en este año hasta en su misma política, admirable en la guerra,

admirable hasta en los días más desgraciados, mal juzgados hasta ahora, porque eran desconocidos; levantándose con mayor grandeza aún en 1814, cuando ya no se engañaba ni sobre la Europa, ni sobre la Francia, ni sobre sí mismo, sabiendo que se hallaba solo, solo contra todos, teniendo por la primera vez razón en su política contra sus más sabios consejeros, queriendo más bien sucumbir que aceptar la Francia menor que la había recibido, comprendiendo, con tanta sabiduría como nobleza, que la Francia vencida sería más digna bajo el cetro de los Borbones; luchando, pero luchando solo, y aunque no teniendo ilusiones, conservando sin embargo cierta especie de confianza, la confianza en su arte, pero conservándola inmensa como su talento, y justificándola tan bien, que aunque equivocado contra todo el mundo, no teniendo ya la Francia á su favor, no conservando á su lado sino algunos soldados que juraron noblemente morir bajo sus banderas, aún pesa un momento en la balanza del destino, tanto como la razón, la justicia y la verdad. Ante tal espectáculo, tal hombre y tales acontecimientos, experimentar deseos de empequeñecer ó aumentar tal ó cual cosa, para satisfacer un sentimiento personal, sería la más insigne puerilidad, y estoy convencido de que mi carácter no lo admite.

El talento de Napoleón ante la historia está ya juzgado; pero en mi opinión lo que no lo está es la libertad en que se le dejó de quererlo todo y de hacerlo todo. Respecto de esto mi convicción data, no de 1855 ó de 1852, sino del día en que empecé á pensar. Poder todo lo que uno es capaz de querer es la mayor de las desgracias. Los jueces que veían en Napoleón un hombre de talento no lo veían todo; es preciso reconocer en él uno de los espíritus más sensatos que han existido, y á pesar de todo produjo la política más desacertada. Mucho puede el despotismo sobre los hombres, pues que pervertió el recto juicio de Napoleón; por consiguiente se verá en mi narración el indicio constante de esta convicción. Hace cuarenta años que empecé á reflexionar, y siempre he pensado de este modo. Sé muy bien que se me dirá que es una preocupación de mi vida; lo conozco; pero responderé que es una preocupación de toda mi vida: para ciertas personas no quiero más que esta clase de excusa. Conozco muy bien todos los peligros de la libertad, y lo que es peor, sus miserias; y quién podrá salvarlos, si los mismos que han intentado fundarla no lo han conseguido por no conocerlos? Hay otra cosa mucho peor aún, que es la facultad de hacerlo todo dejada al mejor y aunque sea al más sabio de los hombres. Muy á menudo se repite que la libertad

impide hacer esto y lo otro, elevar tal monumento, ó ejercer tal acción sobre el mundo. Después de largas y maduras reflexiones he llegado á pensar que si algunas veces los gobiernos necesitan ser estimulados, más habitualmente necesitan ser contenidos; que si algunas veces se inclinan á la inacción, con mayor frecuencia son arrastrados en política, en guerra y en gastos á emprenderlo todo; y que un poco de dificultad nunca podrá ser una desgracia. Se dice aún: Esta libertad destinada á contener el poder de uno solo, ¿quién la contendrá á ella? Yo respondo sin titubear: Todos. Bien sé que un país puede algunas veces extraviarse, y yo lo he presenciado; pero se extravía menos y no tan completamente como un hombre solo.

Pero creo que divago, y me apresuro á afirmar que no he querido persuadir á nadie. Solamente he querido explicar la razón de una opinión cuyas trazas se encontrarán en esta historia, opinión que no han debilitado la edad ni la experiencia, y que, me atrevo á afirmarlo, no he sostenido nunca en mi interés personal. Si me atreviera á hablar de mi persona, diría que nunca fui más feliz sino desde que, vuelto á la tranquilidad, he podido dedicarme á mi primera profesión, el estudio asiduo é imparcial de las cosas humanas. Puede que haya personas que no me crean, y quizás tengan derecho á ello, como yo tendré á mi vez el de no creerlas cuando afirmen que encarecen afirmativamente la excelencia del poder absoluto.

Perdóneseme el haber abandonado las elevadas regiones de la historia para entrar por un momento en la región de las controversias contemporáneas. Repito que solamente he querido, al confesar la única opinión que se manifestará en este libro, invocar una excusa por mi persistencia en convicciones que datan de los primeros años de mi vida. Estoy seguro de que en estos últimos tomos se reconocerá á un historiador admirador ferviente de Napoleón, amigo más ferviente aún de la Francia, deplorando que este hombre extraordinario haya podido permitírsele todo hasta perderse; pero reconociendo el inmenso servicio que nos hizo, dejándonos la gloria y esa semilla de héroes, simiente preciosa que aún germina en nuestro país dándonos los vencedores de Sebastopol. Sí, aún sin él, nuestros soldados, discípulos suyos, han sido tan grandes, tan dichosos como lo fueron con él. ¡Ojalá lo sean siempre, y nuestros ejércitos sean siempre vencedores, sea cual fuere el gobierno que los dirija! La mayor compensación de no ser nada en su país, es ver que este país ocupa en el mundo el lugar que le corresponde.

A. THIERS.



LIBRO PRIMERO

CONSTITUCION DEL AÑO VIII

Inauguración del consulado provisional. — Repartición de las atribuciones entre Mr. Sieyes y el general Bonaparte. — El general se apodera de la administración de los negocios, dejando á Mr. Sieyes el encargo de redactar la nueva constitución. — Estado de la Francia en brumario del año VIII. — Desorden de la administración y de la hacienda. — Profunda miseria de los ejércitos. — Conmociones en la Vendée. — Agitación del partido revolucionario en algunas ciudades del Mediodía. — Primeros esfuerzos de los cónsules provisionales para volver á introducir el orden en las diversas partes del gobierno. — Nombramiento de Cambaceres para el ministerio de la Justicia, de Laplace para el de lo Interior, de Fouché para el de la Policía, de Talleyrand para el de los Negocios extranjeros, de Berthier para el de la Guerra, de Forfait para el de la Marina, y de Gaudin para el de Hacienda. — Primeras medidas de hacienda. — Supresión del empréstito forzoso progresivo. — Creación de la agencia de las contribuciones directas y formación inmediata de las listas de contribuyentes atrasadas de muchos años. — Creación de las obligaciones de los recaudadores generales. — La confianza empieza á restablecerse; los banqueros de París prestan al gobierno los primeros fondos de que ha menester. — Envío de socorros á los ejércitos. — Actos políticos de los cónsules provisionales. — Revocación de la ley de rehenes; soltura de los clérigos encarcelados y de los naufragos de Calais. — Abocamiento con los jefes del partido realista. — Suspensión de armas en la Vendée tratada con Bourmont, d'Autichamp y Chatillón. — Principio de las relaciones con los gabinetes extranjeros. — Estado de la Europa. — Inglaterra y Austria resuelven continuar la guerra. — Pablo I, irritado contra sus aliados, se dispone á retirarse de la coalición y á seguir el sistema de neutralidad adoptado por la Prusia. — Importancia de la Prusia en aquel momento. — El general Bonaparte envía á Berlín á su edecán Duroc. — Rumores de paz. — Mejoras notables en el estado material y moral de la Francia de resultas de los primeros actos de los cónsules provisionales. — Se empieza á tratar de la Constitución. — Proyecto concebido y meditado largo tiempo por Mr. Sieyes. — Listas de notabilidad, senado conservador, cuerpo legislativo, tribunal, grande elector. — Discordancia entre Sieyes y el general Bonaparte sobre la organización del poder ejecutivo. — Peligros de un rompimiento entre estos dos personajes. — Mediadores que los ponen de acuerdo. — Al grande elector se substituyen tres cónsules. — Adóptase la Constitución del año VIII y se fija para que empiece á regir el día 4 nivoso del mismo año.

La jornada del 18 brumario acababa de poner término á la existencia del Directorio.

Los hombres que después de las tormentas de la Convención imaginaron aquella especie de república, no estaban muy convencidos de la excelencia y solidez de su obra; pero al salir del régimen sanguinario por donde habían pasado, érales difícil obrar de otra manera ó con más acierto. En efecto, no había que pensar entonces en los Borbones, porque el sentimiento universal los repudiaba; no era posible arrojarse en brazos de un general ilustre, porque en aquella época ninguno de nuestros guerreros había alcanzado gloria bastante para subyugar los ánimos; por otra parte, no había aún desvanecido la experiencia todas las ilusiones. Saliase apenas de manos del comité de salvación pública; sólo se había ensayado la república sangrienta del 93, que consistía en una asamblea única que ejercía todos los poderes á la vez; quedaba por hacer un postrer ensayo, el de una república moderada en que los poderes estuviesen sabiamente repartidos y cuya administración se confiase á hombres nuevos enteramente extraños á los excesos que habían consternado á la Francia. De esta idea nació el Directorio.

Este nuevo ensayo de república duró cuatro años, desde el 13 brumario del año IV hasta el 18 brumario del año VIII. Comenzóse con buena fe y buena voluntad

por hombres la mayor parte honrados y animados de excelentes intenciones. Algunos personajes de carácter turbulento ó de probidad dudosa, como el director Barras, consiguieron es verdad ingerirse en la lista de los gobernantes que en aquellos cuatro años se transmitieron el poder; pero Rewbell, Larevelliere Lepageux, Letourneur, Carnot, Barthelemy, Roger-Ducós y Sieyes eran ciudadanos probos, muy capaces algunos, y el último, Sieyes, hombre de inteligencia verdaderamente superior. La república directorial, sin embargo, presentó en breve el cuadro de una confusión desconsoladora; aunque menos cruel, fué más anárquico el carácter del nuevo gobierno. No se hacía uso de la guillotina, pero menudeaban las deportaciones; no se obligaba á recibir los asignados bajo pena de la vida, pero á nadie se pagaba. Nuestros soldados, sin armas y sin pan, eran vencidos y no vencedores. Al terror había sucedido un insupportable malestar; y como la debilidad tiene también sus ímpetus, aquella república, moderada de intención, concluyó con dos medidas de todo punto tiránicas, que fueron el empréstito forzoso progresivo y la ley de rehenes. Esta última medida especialmente, aunque nada tuviese de sanguinaria, era una de las vejaciones más odiosas inventadas por la cruel y fecunda imaginación de los partidos.

¿Qué mucho, pues, que la Francia, á quien no podían